

EDITORIAL

El escenario económico en América Latina sigue siendo de enorme preocupación. En una reciente entrevista al director de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), José Manuel Salazar-Xirinachs, publicada en *Financial Times* el 27 de noviembre de 2022, se refirió a un “estancamiento” de la economía de América Latina con peores indicadores que en la llamada “década perdida” en los 80 del siglo XX. Destacó en este contexto la “débil inversión”, la “baja productividad” y la “educación inadecuada”, entre otros factores, como determinantes de esta realidad. De hecho, en noviembre de este propio año, la CEPAL daba a conocer en su informe anual “La Inversión Extranjera Directa en América Latina y el Caribe 2022”, que la inversión extranjera directa (IED), pese a haber crecido un 40,7% en 2021 con respecto al año 2020, no se acercaba a los niveles pre-pandemia. Por su parte, el informe “Panorama Social 2022” del propio organismo, estimó que en la región para fines del 2022 vivirán 201 millones de personas en situación de pobreza (lo que representa el 32.1 % de la población total) y 82 millones de ellos en “pobreza extrema” (13,1%). Esto plantea, sin lugar a dudas, una realidad desoladora y desafiante para los Estados.

De ahí la necesidad de procesos y mecanismos que profundicen la cooperación y la solidaridad entre los Estados del continente americano. En este contexto, la Unión Europea debe jugar un rol activo, y no sólo movido por intereses geopolíticos, los que se acrecienta después de la extensión del conflicto militar en Ucrania. La región latinoamericana es un espacio de disputa de grandes potencias por ganar en influencia. China y Rusia siguen siendo los competidores frente a Estados Unidos y la Unión Europea y este fenómeno continuará en el futuro cercano. Y ya se advierten en datos los pasos en este sentido. En el informe mencionado sobre la inversión extranjera en el año 2021, se daba cuenta que los principales inversionistas en la región en este período fueron precisamente la Unión Europea (36%) y Estados Unidos (34%).

En el ámbito político, la victoria electoral de Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil fue un hecho de notoriedad que impactará en el rumbo a seguir por América Latina a partir de 2023. La región ha dado un vuelco electoral hacia propuestas de izquierdas frente a tendencias políticas de enorme preocupación en el continente, pero que tienen mucha vitalidad todavía pese a los fracasos electorales. En cualquier caso, vale recalcar que no se trata de un panorama político latinoamericano homogéneo como “izquierda” y no puede ser asimilado con la anterior “ola progresista” de los años 2000. Es una “izquierda” latinoamericana en el poder en la que se identifican grandes fricciones entre ellas y diversas formas de

interpretar sus relaciones internacionales. Esto no debe impedir, sin embargo, que se de impulso a procesos de integración y cooperación que habían sido impugnados y que al parecer se tornan necesarios ante la desgarradora realidad social y económica de los pueblos latinoamericanos.

En este orden, el año 2023 será de enormes retos para los Estados de la región. La reversión de los preocupantes indicadores económicos y sociales sólo será posible con el concurso de todos los actores sociales e internacionales presentes en este continente. Pensar que es una realidad que puede ser superada de forma individual, es un error que puede tener repercusiones aún mayores. Ahora más que nunca se requiere poner en marcha transformaciones profundas y estructurales para evitar realidades que amenazan en convertirse en “décadas perdidas” y en eternizar la desigualdad y la pobreza. Hacia esos objetivos debe encaminarse América Latina, y la Unión Europea deberá afianzarse como un actor fundamental en este proceso.